

ROBERTO CASTROVIDO O LA HONESTIDAD REPUBLICANA

(Homenaje a su memoria al cumplirse cien años de su nacimiento).

Por

ALFONSO AYENSA

*Conferencia pronunciada en el Ateneo
Español de México, 1964.*

Edición de Acción Republicana Democrática Española.

Roberto Castrovido o la honestidad republicana

T ENGO EL CONVENCIMIENTO de que entre los intelectuales liberales españoles que hoy viven en el exilio hay muchos con más títulos que yo para rendir a don Roberto Castrovido el homenaje que su memoria merece, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento: algunos le trataron seguramente más que yo —que tuve con él una relación ocasional y distante, como eran distantes de la suya mi edad y mi incipiente e insignificante preparación y acción periodísticas—, los hay, tal vez también, que tengan de su ejemplarísima vida una visión más completa que permitiría trazar con mayor justeza su biografía y sazonarla con tanta anécdota curiosa como esmalta la trayectoria de un hombre de lucha tan intensa como la que libró don Roberto desde su más tierna juventud. Pero de lo que sí estoy cierto es de que ninguno me aventajará en admiración fervorosa, sentida desde mis años mozos, por esa figura de la que destaca con singular relieve —por encima del extraordinario valor de su pluma— la hombría de bien, esto es, la rectitud, la generosidad, la firmeza en la defensa de un ideal, sacrificando a él su propia existencia.

Para querer a don Roberto Castrovido bastaba con cambiar con él media docena de palabras: todo en su persona emanaba bondad, sencillez, franqueza; para respetarle como hombre de letras, no hacía falta otra cosa que leer un solo artículo suyo: su estilo claro —como era nítida su forma de ser, como eran claras y penetrantes sus pupilas— nada tenía que envidiar a la prosa de los grandes escritores castellanos: elegante, sin rebuscamientos ni complicaciones, llamando a cada cosa por su nombre; prosa maciza en la argumentación, intransigente frente a lo irrazonable, tolerante ante el error de un adversario con quien se pudiera dialogar, pero férrea en el sostenimiento del credo liberal por entender que en ese credo radica la única fórmula de convivencia nacional.

FIDELIDAD AL RECUERDO DE NUESTROS MAESTROS

Por eso, para mí, todavía mozo en aquella época de acción generosa y de pasión noble que culminó con la instauración de la República en España, la personalidad de don Roberto Castrovido era subyugante. Para un periodista, muchacho entonces, don Roberto, y con él, entre otros grandes periodistas, Fabián Vidal, Eduardo Rosón, Antonio Zozaya, Francisco

Villanueva, Rafael Morayta, Arturo Mori, José Rodríguez de la Peña, Luis de Tapia, Luis Bello, Joaquín Aznar, Manuel Ciges Aparicio —por no citar más que a quienes tuve más próximos—, eran maestros a quienes no sólo había que escuchar, sino hombres cuyas conductas había que imitar, guías espirituales que había que seguir. Todos ellos, cada cual en su estilo, han dejado huella indeleble en mi alma. Son como puntos luminosos en la conciencia; el comportamiento de cada uno de ellos debe ser nuestra norma de conducta. Cuando el ánimo desfallece, cuando la duda nos asalta y quisiéramos saber si hicimos mal o no, en cualquier instante de nuestro existir, nos preguntamos qué hubiera hecho cualquiera de nuestros maestros en circunstancias semejantes a las nuestras. Con la perspectiva de los años, cuando mentes desmemoriadas o espíritus versátiles quisieran hacer la historia a medida de su conveniencia y obligarnos a los demás a comulgar con ruedas de molino, como vulgarmente se dice, el recuerdo de esos hombres que descansan bajo tierra, algunos de ellos bajo tierra, aunque fraternal, extranjera, recuerdo que no puede ser otra cosa que la imagen exacta de sus vidas, no nos habla otro lenguaje que el de la lealtad a ultranza, el de la honestidad política y el de la decencia personal. Todo amor exige fidelidad, pase lo que pase, y nuestro amor a lo que nuestros muertos representaron, a su obra, y a lo que siguen representando con su presencia inmortal en nuestro corazón, nos pide que seamos fieles a lo que fueron y a lo que somos, si no queremos frustrar la esperanza y deshonorarnos.

Castrovido —como luego veremos al bosquejar su biografía—, fue un republicano de raza, de esos que —como dijo don Alvaro de Albornoz— han visto siempre en la accidentalidad de las formas de gobierno, a que con tanta frecuencia se han acogido los partidos de la "hipótesis", un sofisma, una mixtificación y una impostura. Republicano intransigente, como formado en los tiempos heroicos del republicanismo, e incorruptible, como discípulo de los grandes varones que, a la manera de Pi y Margall y Benot, fueron unos apóstoles antes que unos políticos. Republicano lo mismo bajo la monarquía constitucional y parlamentaria que bajo la dictadura. Republicano siempre. Tan republicano que todo lo perdonaba menos la claudicación y la apostasía. ¿Qué haría y diría Castrovido en los tiempos que corren, cuando soplan tantos vientos de fronda, se oyen tantos cantos de sirena y se susurran a los republicanos tantas invitaciones al diálogo que, en definitiva, no son otra cosa que incitaciones a la mansedumbre, torpes maniobras encaminadas a cubrir mercancía averiada o, lo que es peor, a sembrar el desconcierto y la confusión y a minar la solidaridad en nuestras filas.

FUNDAMENTOS ÉTICOS DEL REPUBLICANISMO ESPAÑOL

Castrovido vino al mundo en Madrid, en 1864, año memorable en la historia de la revolución española. Su padre, don Toribio Castrovido, republicano de la Rioja, reunía en su domicilio de la plaza de Antón Martín a conspiradores antimonárquicos; la infancia de don Roberto transcurrió en un ambiente mezcla de sobresalto y de ilusión. ¿Cómo no había de ser republicana la familia Castrovido? ¿Cómo no habían de serlo, en realidad, los españoles que, en la época, tuvieran sensibilidad y una idea clara del patriótipo, no cegada por las prédicas oscurantistas de clérigos y aristócratas?

tas? El panorama que ofrecía la monarquía isabelina era no ya deprimente sino vergonzoso, de estampa entre bufa y picaresca. Por ejemplo, el 1.º de febrero de 1864, —un mes antes de nacer Castrovido—, Isabel II tuvo su cuarta y última hija, la Infanta María Eulalia. Nació casi asfixiada. El paterfamilias administró rápidamente el bautismo. Las oraciones de un futuro santo, el confesor entonces de la casquivana reina —gran predicador y con gran predicamento sobre S. M.— el padre Claret, lograron, sin duda —según un anecdotario de esa época— enderezar la vida de la recién nacida. El padrino madrileño menesteroso recibía, por cada regio natalicio, 160,000 reales. El padrino terosero hubiera deseado que la reina tuviera muchos hijos sietemesinos.

Tres años antes, el hermano y sucesor de Carlos VI, don Juan Carlos I —ancestro del hoy marido de Irene de Holanda— y pretendiente caído al trono —y que andaba, como este sucesor falsificador de títulos, cazador de posibilidades y de recursos, también en el destierro—, ideó un concurso, menos que la rifa del Retiro de Madrid, a mil francos el boleto. A quien el premio le tocase, le haría entrega del Retiro tan pronto como se posesionara del trono hispánico. ¿Qué sería capaz de rifar ahora don Hugo?

En abril de 1865 surgió una de tantas algaradas callejeras. Pero vez de fusilería de la soldadesca, de gritos subversivos, con conato de ir a a los edificios públicos, con insultos para los personajes de la Corte, vivas a la Reina. Doña Isabel cambiaba de amantes como de camisa; en cambio, su esposo y primo, Francisco de Asís de Borbón, era constante en el afecto a sus amigos. Así, conservó a su lado con una fidelidad exemplar, a un tal Meneses, que le sacaba el dinero vorazmente. Para satisfacer las exigencias de este amiguito y de los amiguitos de la soberana, no se le ocurrió si la Reina, Asís, Meneses, o quién, tuvieran la iniciativa de un proyecto de venta de los bienes del Real Patrimonio, prometiendo entregar el producto de tal venta al Tesoro Nacional, como si el Real Patrimonio fuera un bien de la familia Borbón.

El periódico *La Democracia* publicó sobre este asunto un agudo artículo de Emilio Castelar, que titulaba "El rasgo" (el rasgo de la Real Academia). En ese artículo se criticaba duramente, como es lógico, a la Corporación que terminaba así: "Véase que tenemos derecho a protestar contra esa proyectada ley que desde el punto de vista político es un engaño; desde el punto de vista jurídico, una usurpación; desde el punto de vista legal, un gran desacato a la ley; desde el punto de vista popular, una amenaza a los intereses del pueblo". Castelar era a la sazón catedrático de la Universidad de Madrid. D. Juan de Montalván era el Rector, un Rector sereno y digno que no se doblegaba. El artículo de Castelar merecía, a juicio de los paterfamilias, la destitución. Pero Montalván no cedió y fue cesado. Se despojó al Marqués de Zafra y éste despojó de la cátedra a Castelar, lo que originó desórdenes estudiantiles. Un grupo de escolares obsequió con serenata al rector destituido, entonando esta expresiva canción:

"Hombres dignos en España
muy pocos quedando van,
como el enérgico y digno
don Juan Manuel Montalván".

Una manifestación, formada por jóvenes principalmente, marchó hacia la Puerta del Sol. Ni Narvaez —el espadón— ni González Bravo se anduvieron con chiquitas: la tropa despejó a golpes de metralla la gran plaza y dejó malheridos a buen número de hombres, mujeres y niños.

Vienen a cuento estas referencias históricas para describir el ambiente en que transcurrió la primera infancia de don Roberto: apenas hablaba cuando se produce el golpe de rebeldía del cuartel de San Gil, cuando los republicanos, entre los que figuraba su padre y otros familiares, se batían en las barricadas de la Plaza de Antón Martín. Vienen luego los sucesos de Alcolea, la caída de Isabel II, las sublevaciones republicanas, el atentado contra Prim, el efímero reinado de Amadeo de Saboya; por último, la República, la primera República. Castrovido tiene ya nueve años y pico cuando Pavia da su célebre golpe de Estado. En la mente desordenada del niño, un tanto inquieto y un mucho confuso, se entremezclan las frases entrecortadas de la emoción familiar con la vehemencia de las afirmaciones. Hay, en el fondo, una actitud clara en los comentarios que hace la familia sobre la realidad española del momento: la Monarquía en España es sinónimo de deshonestidad; don Amadeo no se solidarizó ni un minuto con lo que heredó. Pero ¿fue moral que aceptase el trono?

La Monarquía encarnada en los Borbones estaba retratada en esas anécdotas que antes hemos narrado. Los Borbones, anteriores y posteriores a esa época, consideraban el trono, mejor aún, lo que éste simbolizaba, como su patrimonio familiar, que podían manejar a su capricho: vender, rifar, deshacer en porciones. La opinión pública no contaba y, si se atrevía a expresar un deseo, era maltratada, perseguida, reducida al silencio con la fuerza de las armas. ¿Qué se podía ser, en realidad, en España, más que republicano? La cursilería, la mogigatería, la doblez, podían manifestarse como quisieran, pero eso no representaba nada, la manera de comportarse la aristocracia y parte de la clase media no respondía a la realidad auténtica. Hablar de las simpatías personales de los reyes podía tener algún fundamento, pero ¿es que los pícaros no suelen ser simpáticos? No sería, creo que no era, antipática Isabel II ni lo era Alfonso XII; era estirada, solemne y fría María Cristina, buena regidora de la Corona, conservando, como podía, una relativa dignidad, cubriendo con cierto decoro las apariencias constitucionales, esencias morales por lo menos, —legado que el hijo habría de dilapidar luego— pero conservando lo que pudiera conservarse, más con sentido de responsabilidad de madre que de gobernante de un pueblo que tenía ideas propias, mente y corazón para resolver problemas, como el colonial, y que no fue consultado sino soliviantado por las prédicas de un patriotismo sin lógica.

La razón republicana fue siempre sólida, fundada; no se basaba sólo en consideraciones de ideología, sino en motivos éticos. Ser republicano era entonces —cuando Castrovido nació y creció y luego, cuando nosotros, los españoles que teníamos de quince a veinte años en 1931, contribuimos en la medida en que pudimos a que se instaurara la segunda República—, ser republicano, repito, equivalía a tener un concepto exacto del decoro público y privado, anhelando una España libre de prejuicios, que enfilara su ruta, con claridad y con decencia, hacia un porvenir en el que cada español tuviera su quehacer y su inquietud, sintiera el peso de su responsabilidad,

sin tutelaje y sin coacciones; que cada uno fuera solidario en una obra colectiva.

Castrovido quedó huérfano muy niño: a los nueve años de edad. Pero su conciencia era ya recia. En su mente habían quedado grabadas para siempre las imágenes de los días grises de varias tormentas políticas. Por entonces, repetimos, fue la Paviada y aquel dramático acontecimiento dio a su espíritu, de por vida, un vigoroso acento de civildad, una extraordinaria fuerza antimilitarista, antipretoriana quiero decir, anticlerical. El, cuyo corazón era sensible al dolor, a la desgracia ajena; él, tan delicado, de sentimientos tan profundamente generosos y humanos, sentía una mezcla de horror, vergüenza y desprecio ante los hipócritamente titulados defensores de la fe cristiana, mercaderes de almas; tan riguroso en la disciplina de su conducta propia, tan patriota, sentía como un reto la acción humillante de la militarada. Estudió el Bachillerato e inició la carrera de leyes, pero no pudo terminarla.

PRIMEROS PASOS PERIODÍSTICOS DE CASTROVIDO

En 1888 hizo sus primeras armas en el periodismo: tenía entonces 24 años. Con sus artículos en *La Avanzada*, de Barcelona y en *El Autonomista*, de Sans, ganó sus primeras pesetas. Estos periódicos, semanarios, eran federales. Castrovido defendió con energía la posición de Pi y Margall, favorable a la independencia de Cuba; su lucha fue dura, porque había una corriente de opinión muy importante que pretendía defender inflexiblemente los restos postreros del gran imperio que la Monarquía había hecho girones por ceguera, por intolerancia, por haber querido seguir en ultramar la misma política absorbente, dominadora, centralista hasta la exageración, que imperaba en la Metrópoli. De Cataluña, pasó a *La Voz Montañesa en Santander*, recomendado por Pi y Margall al director del periódico, Coll y Puig, que militaba en las filas federales. Por cierto que el ingreso de don Roberto en el periódico fue la consecuencia de una polémica oral sostenida por Coll y Puig con Pablo Iglesias; el corrector de la imprenta, Toribio Pascual, que era socialista, recogió en un folleto el discurso de Iglesias y ello le costó salir del periódico. Castrovido no entró en la redacción, sino que ocupó el puesto que el corrector dejara, pero poco tiempo después pasó al cargo de redactor y, más tarde, al de director de *La Voz Cantabra*, que reemplazara a *La Voz Montañesa*. A la sazón contaba con 26 o 27 años de edad.

Su pluma, vibrante y contundente, siguió enfrentándose con la reacción, con la falta de sentido común que caracterizaba a los que presumían neciamente de conservadores —grave, gravísima falta en la que han seguido incidiendo y que tres cuartos de siglo después sigue siendo la nota predominante de las mal llamadas derechas españolas—. Castrovido no desmayó nunca a lo largo de su existencia. Su misión, la misión del periodista liberal, en todas las épocas, ha consistido en desbastar el pedernal de la suicida incomprensión de amigos extravagantes u obcecados y de adversarios incapaces de sobreponer a las conveniencias de sus intereses políticos, de partido o de clase, los supremos intereses de la nación. En Santander Castrovido, dando muestras de su agudo instinto político, propugnó por la

independencia de Cuba: defendía la posición del General Martínez Campos contra la actitud demoledora, sanguinaria de Weyler. Incluso hubo liberales que protestaron en forma ardorosa y amenazaron con asaltar la imprenta y la redacción. El clericalismo era muy fuerte en la región montañesa, pero el republicanismismo, alentado por la perseverancia de don Roberto, hizo mella en tales términos que el obispo prohibió a los católicos que leyeran el diario que Castrovido dirigía e incluso exhortó públicamente a los comerciantes para que no lo utilizaran ni para envolver sus mercancías, so pena de que perdieran una clientela tan fanatizada.

CASTROVIDO, LAICO Y ANTICOLONIALISTA

Para las gentes cursis de Santander, don Roberto era un hombre peligroso; las señoritas de la aristocracia se santiguaban cuando le veían en la calle. No obstante, había entre los clericales más inteligentes un gran respeto por la figura noble e incorruptible del idealista que todo lo sacrificaba a la defensa de su credo liberal, cifrando en él el patriotismo más puro. Incluso alguna religiosa dijo públicamente que rezaba porque Dios tocara en el corazón a don Roberto y le convirtiera al catolicismo. Don Roberto —como en general todos los republicanos españoles de todos los tiempos—, por su hondo liberalismo, no era, en realidad, un enemigo del catolicismo; sencillamente, no era católico y si era anticlerical ello se debía a la hostilidad que suscitaba, y que ha seguido suscitando en el transcurso de la vida nacional, en todas las épocas, el clero de España, por su constante ingerencia en la política, por su marcada orientación reaccionaria, opuesta a todo avance social, contraria a toda obra justiciera; por su carencia de sentido cristiano, por su adscripción decidida e invariable a cuanto representaba una aristocracia corrompida, formada por latifundistas y negociantes de toda laya y siempre al margen del dolor de los menesterosos. Don Roberto era, por el contrario, laico, en la elevada y entrañable significación del laicismo. El laicismo significa respeto para la conciencia y para los sentimientos ajenos; esto es, representa comprensión depurada; el laicismo es muestra de grandeza de alma, de generosidad y de cultura. Las naciones más civilizadas tienen en el laicismo una norma firme de convivencia ciudadana: cada cual practica la religión que siente, sin que a nadie se obligue, porque sería ofensivo para un ciudadano capaz de pensar y de sentir por su cuenta, coaccionarle para que profesara una idea religiosa determinada o criticarle porque no practicase ninguna. Y esto, que es tan elemental, ha sido el caballo de batalla en las luchas políticas de nuestro país y una de las causas fundamentales de nuestra desgracia colectiva.

La intensa campaña de los federales en pro del abandono de los residuos coloniales de España tuvo, como ya hemos dicho, expresión elocuente en *La Voz Montañesa*. Los militares asaltaron la redacción del periódico santanderiano. Por entonces, y por razones semejantes, fueron también asaltadas las redacciones de *El Resumen* y *El Globo*, en Madrid. Castrovido publicó un valiente artículo condenando la actitud de quienes se valían del uniforme y de su fuero para combatir contra la libertad de expresión. Se intentó formarle proceso y fue traído y llevado por la justicia militar. Su artículo fue reproducido por otros periódicos de provincias, dándose

el caso de que los directores de éstos fueron encarcelados, en tanto que contra Castrovido no se tomó en definitiva medida alguna.

EL PERIODISMO REPUBLICANO Y LA EJEMPLAR PULCRITUD ESPIRITUAL DE CASTROVIDO

Poco tiempo después, don Roberto entró en *El País*, incorporándose así a la vida del Madrid de sus ilusiones. Era redactor jefe de *El País* de Ricardo Fuente, periodista de aguda sensibilidad, republicano fervoroso. Yo conocí a don Ricardo cuando hacía mucho tiempo que *El País* había dejado de publicarse. Dirigía don Ricardo la Hemeroteca Municipal de Madrid, que él fundó, cuando tuve ocasión de tratarle algo. Era un hombre de aspecto bondadoso, tolerante y comprensivo con la juventud, de fácil ingenio. Decía de él Pio Baroja que "tenía gracia hablando". En *El País* escribieron algunas que luego serían eminentes figuras de la intelectualidad nacional: allí hizo sus primeras armas en el periodismo don José Martínez Ruiz (Azorín), demoledor a veces en la crítica en sus años mozos, anarquista y anarquizante como se nos muestra en "Charivari"; Ramiro de Maeztu, Manuel Bueno; Pio y Ricardo Baroja. En varios de ellos —no en Baroja— se dio el fenómeno contrario a lo que fue característico en Castrovido. A medida que avanzaban en años retrocedían en ideas. Castrovido no vaciló jamás: su temple republicano se fue afinando y robusteciendo ante el espectáculo que ofrecía el panorama de la política española. Azorín, Maeztu, Manuel Bueno y tantos más, fueron buscando posiciones cómodas, rectificando, hasta extremos que parecían inconcebibles, yendo a parar al polo ideológico opuesto al que sustentaron en su juventud. Castrovido permaneció inmutable; inmutable y pobre. Su dignidad no podía, ni pudo nunca, avenirse con ciertas cosas. Su vida fue siempre cristalina, fue fiel a sí mismo; por eso, no podía dejar de ser fiel a los que en él confiaban, a los que le leían, a quienes él había decidido orientar. Castrovido no era un malabarista: era un hombre serio; su pluma no podía venderse al mejor postor. Por eso —como señala don Alvaro de Albornoz en su semblanza sobre Castrovido—, don Roberto no era, no podía ser accidentalista en cuanto a la forma de gobierno.

Eso del accidentalismo —o del posibilismo— no es más que una fórmula a la que desean acogerse los hombres cuya fe es fácil de quebrar. El posibilismo, antes, durante la Monarquía; luego, durante los instantes más agitados de la República, cuando lo sostenían todavía los inconformes con el nuevo régimen creyendo que, pregonándolo o tratando de justificar su posición, les sería fácil captar a algunos incautos timoratos; ahora, con el franquismo, el posibilismo, el accidentalismo, no es otra cosa que la manera más descocada, aunque algunos la crean tan discreta, de cazar en rico revuelto, renunciando a los principios esenciales, y no en aras de la paz de la prosperidad públicas, sino en servicio de los intereses más inconfesables y de los egoísmos más vergonzosos, personales o de grupo. Porque en todas las etapas de su gobierno se han dado a la Monarquía —a la familia Borbón— oportunidades de adecentamiento, que ha rehusado. Más aún, desde 1939, en que la guerra civil terminó, se han brindado al pretendiente que con más títulos consideran algunos, posibilidades de colocarse a tono con

los sentimientos del pueblo español, de ayudar al país a liberarse del yugo que le asfixia, incluso olvidando que ese Pretendiente y su familia generaron, en fin de cuentas, la guerra civil, y claramente se ha mostrado que al Pretendiente lo único que le viene bien es perseverar en su contubernio con Franco, contribuyendo a tener maniatada y adormecida a la opinión: si acaso, en prepararse para suceder al tirano —cuando éste quiera—asegurando el continuismo de su política.

Desde Madrid, don Roberto enviaba artículos, inflamados de pasión republicana, a otro periódico de gran solera liberal y democrática: a *El Pueblo*, de Valencia, la tribuna de Blasco Ibañez. Uno de los artículos de Castrovido incurrió en las iras de un fiscal militar y don Roberto fue detenido y trasladado a Valencia para ser juzgado por el fuero de guerra. Su traslado se hizo en tren y el viaje constituyó una entusiasta manifestación de simpatía. En cada estación en que el tren se detenía, grupos de republicanos vitoreaban a Castrovido y, al llegar a Valencia, la acogida revistió emocionantes proporciones. Cumplida la condena que el tribunal militar le impuso, Castrovido permaneció en la bella ciudad mediterránea durante un cierto tiempo (de 1901 a 1904). Dirigió *El Pueblo* y desarrolló una labor de adoctrinamiento republicano que sirvió para hacer más fervoroso el espíritu civil y laico de la región valenciana, uno de los más sólidos baluartes en la lucha por la libertad nacional. Y al hablar de la Valencia digna, de la Valencia republicana tan bien representada en México por nuestro ejemplar decano don Manuel Castillo, no podemos dejar de consignar el nombre eminente del gran periodista Alfredo Calderón, que en Valencia trabajó con intensidad, y el del mártir de la República, el doctor Juan Peset, doctor en todas las facultades universitarias, figura excelsa, fusilado por el franquismo por el honroso "delito" de ser republicano y amigo y admirador del Presidente Azaña, igual que fue fusilado en Asturias Leopoldo Alas, rector de la Universidad de Oviedo, y José Palanco Romero, de la de Granada.

Castrovido regresa a Madrid en 1904. Ricardo Fuente, deja *El País* para convertirse en una especie de embajador del periodismo liberal español en el Nuevo Mundo. Le reemplaza en el periódico don Roberto. Antes que él han sido directores e inspiradores del gran diario republicano Ginás de la Rosa, Alejandro Lerroux, Joaquín Dicenta y, por último, Ricardo Fuente. Don Roberto llevará el timón desde 1904 hasta 1921. Es una de las etapas más fecundas y gloriosas de su existencia y una de las etapas más vibrantes de *El País*. Castrovido se enfrenta valientemente con la reacción: acusa a los gobernantes. La crítica de la vida de España de todo ese periodo se encuentra claramente expuesta en los artículos que salen de la pluma del maestro. En todas sus afirmaciones vibra un noble, un sincero patriotismo. Su crítica es constructiva. Trata de que se corrijan males graves, de que se castigue a los funcionarios venales, de que el ambiente nacional sea puro y, sobre todo, de que las libertades no sean burladas. La letra de Castrovido es difícilmente inteligible; cada artículo de don Roberto hace temblar a los cajistas. Recuerdo haber visitado una tarde a don Roberto, hacia el mil novecientos veintitantos, poco antes de la República, en su casa de la calle de San Marcos, por encargo de don Francisco Villanueva, a la sazón director de *El Liberal*, para que descifrara el significado de unos garabatos que los linotipistas no acertaban a leer, y eso que a los linotipistas de *El*

Liberal les era familiar la escritura de Castrovido. La letra era difícil de pero el estilo de sus escritos era de una claridad inigualable, escrito pontáneos, que fluían fácilmente de su pluma.

Sus campañas en *El País* —ha escrito Dario Pérez— le consiguieron una verdadera popularidad y su elección para diputado a Cortes, las veintiseis jornadas de 1909, cuando el Barranco del Lobo, cuando el proceso contra Francisco Ferrer y la detención de don José Nakens, cuando las trece jornadas de Montjuich. Por cierto que no hay que olvidar la resonante polémica que Castrovido sostuvo con don Torcuato Luca de Tena, director de *A. V.* sobre el fusilamiento de Ferrer, polémica que puso de manifiesto la honra de sentimientos liberales de don Roberto y la doblez de los elementos reaccionarios, cuyos argumentos constituían una prueba de mala intención y de cinismo.

En 1916, el 5 de abril, anunció *El País* que Castrovido, diputado electo en Madrid, había declarado que si era elegido y no triunfaban todos sus compañeros de candidatura pondría el acta en manos de su partido; y así lo hizo, no presentándola hasta el 1º de julio, después de rogárselo todas las fracciones republicanas. El 11 de febrero de 1917, —sigue contando I. Pérez—, dirigió una carta al Presidente del Congreso manifestando que la minoría de la conjunción republicano-socialista se abstendría de concurrir en lo sucesivo a las reuniones de jefes de minoría, por creer que todo lo que en ellas tratado debía ser debatido en el salón de sesiones, a la luz pública. El 12 de diciembre de 1918, Castrovido pronunció un gran discurso, que condujo a la retirada de la minoría catalanista. El 6 de febrero de 1919 pronunció otro discurso memorable sobre la autonomía de Cataluña. La elocuencia de Castrovido, según sus biógrafos, rebosaba franqueza. Por eso logró elevar la consideración y el respeto de toda la Cámara. A nadie se le comparaban nunca las crudezas que a él, más mordentes aún por el tono y el diente de su voz al subrayarlas. Una tarde se encaró con el gobierno, ocupaba el banco azul, y gritó: "¡Asesinos!, ¡Asesinos!", levantando una verdadera tempestad.

Desaparecido *El País* en 1921, don Roberto colabora en *La Voz*, en *El Liberal* —esa otra gran tribuna republicana, inexpugnable, por la que pasaron tantas figuras tan considerables como las de Fernánflor, Joaquín Costa, Ganchoy, Unamuno, Miguel Moya, Eduardo Rosón, Francisco Villanueva y a quienes la redacción pertenecen periodistas de firme y encendido espíritu republicano— que no declina ni con el estruendo de las bombas alemanas durante el sitio de Madrid, redacción a la que, hasta su ocaso heroico, estuvo vinculada parte de la vida de mi hermano y mi propia vida; y que, por eso, evocó aquí con emoción, rindiendo al mismo tiempo tributo a cuantos ya desaparecieron físicamente.

Castrovido fue director de *El Liberal* sólo unas horas —de la mañana a la tarde— creo que antes de ocupar Rosón la dirección, al hacerse cargo de la propiedad de la Sociedad Editorial de España, en una junta de accionistas, los industriales catalanes don Manuel y don Juan Busquets, de quienes fueron consejeros dos hombres eminentes, republicanos fervorosos: Amadeo Hurtado, prominente abogado catalán, y don Antonio Sacristán. Los hermanos Busquets ofrecieron la dirección a don Roberto, pero él aceptó en principio; meditó; fue a su despacho, volvió a meditar, habló

los redactores, a quienes tanto estimaba intelectual y políticamente, y de improviso, surgió en su alma, obsesionante, una idea arraigada en él de siempre, que era algo así como un imperativo moral: la prensa republicana tenía que ser independiente por entero; la posible vinculación de *El Liberal*, periódico de ideas, a una empresa promotora de negocios, impulsora de importantes actividades industriales, le hizo pensar, en un lapso de horas, en la eventualidad de que apareciera un día cualquiera una discrepancia, en que se suscitara una colisión entre los intereses de los nuevos dueños y la defensa enérgica, a rajatabla, del pensamiento y del sentimiento republicanos que Castrovido estaba decidido a infundir todavía más al diario. Bien es verdad —y hay que hacer justicia a esa empresa— que no sucedió jamás tal cosa y que los señores Busquets sacrificaron, no ya el capital que invirtieron en los periódicos, sino la totalidad de sus industrias, su comodidad y su tranquilidad, en perseverar en la lucha contra la reacción desde mil novecientos veintitantos hasta el fin de la guerra civil. Pero Castrovido con su gesto tan escrupuloso, tan elegante, tirando por el balcón una oportunidad de bienestar económico relativo que se le brindaba, mostraba una vez más su pulcritud absoluta, su alteza de miras, su generosidad política.

De esa honestidad le hacen justicia incluso sus adversarios, nuestros adversarios. Así, en el Diccionario Enciclopédico Abreviado de Espasa Calpe, publicado en Madrid en 1954, se dice de Castrovido lo siguiente: "Periodista español, nacido en Madrid, (1864) y muerto en México, 1941. Durante muchos años fue director del periódico republicano *El País* de Madrid. Sus crónicas fueron modelo de amenidad y de clara exposición. Elegido diputado a Cortes, alcanzó justo renombre como político. Castrovido, hombre integérrimo, jamás quiso aceptar cargo alguno; vivió de su pluma y de su talento, y se movió siempre por cauces de ecuanimidad y de ponderación". No se puede, en verdad, hacer una loa más objetiva de Castrovido. Tanta fue su virtud y a tal grado llegó su bondad y su patriotismo que el odio cainita se estrelló contra la roca diamantina de su existencia.

CASTROVIDO Y LA REPÚBLICA

Indalecio Prieto, otro gran periodista, otro noble español republicano, español liberal y republicano por encima de todo, y que vivió, luchó y murió fiel a su credo socialista, ha dejado escritas unas páginas sencillas y bellas en las que trazó rasgos salientes de la vida de Castrovido: "1918-1923. Castrovido y yo —escribe Prieto— somos compañeros de escaño en el Congreso; frecuentemente, la minoría republicana le designa a él y la socialista a mí para intervenir en un mismo debate. En casos tales, si hablo yo primero, él me reprocha cariñosamente haber monopolizado los argumentos, dejándole sin ninguno. En la Cámara le quieren lo mismo amigos que adversarios. "1931-1936: tras la dictadura de Primo de Rivera adviene la República. El ministro de Hacienda, que soy yo, va a entregar a don Roberto Castrovido la credencial de Consejero del Banco Hipotecario. El nombramiento es rechazado. Quien durante 50 años batalló por la República nada quiere de ella. Mis reflexiones, en el sentido de que necesito hombres de absoluta confianza, son inútiles y, además, fracasan familiares y amigos a los cuales

acudo para vencer semejante obstinación. He de romper la credencial. Meses después, Ministro de Obras Públicas, debo proveer la Delegación de Gobierno en los Canales del Lozoya, que surten de agua a la capital. ¿Quién la desempeñará mejor que un madrileño de pura cepa, como don Roberto Castrovido, enamorado de su pueblo? le nombro sin consultarle. Mi propuesta, como la anterior, es honestísima. La asignación le permitirá vivir con cierta holgura, el automóvil oficial salir con frecuencia de su casa y su residencia campestre, junto a las presas, pasar el verano en plena sierra librándose del bochorno de Madrid. Nuevamente me estrello, por lo cual anuló el segundo nombramiento. Los médicos aconsejan que le sea amputada a Castrovido la pierna enferma, cuyas laceraciones presentan peligro en ese aspecto. Víspera de la operación, y temiendo resultados fatales, el humilde prócer recorre en coche calles y plazas de Madrid para despedirse de los sitios que le son más queridos. Ya operado, al salir de la embriaguez anestésica, se encuentra conmigo a la cabecera de su cama y me abraza, perseguido, sugestionado por el espejismo de los recién mutilados, empieza a quejarse de dolores en la pierna que ya no existe".

Y Prieto narra luego la oposición de don Roberto a salir de Madrid asediado por los ejércitos mercenarios que servían a Franco, cómo, por fin pudo llevarse a Valencia y a Barcelona, poco menos que engañándole como a un niño; las cariñosas tretas fraternales de que Prieto se valió para sacarle de España y llevarle a Bayona, cuando todo estaba ya casi perdido y la intervención del general Lázaro Cárdenas, a quien tanto debíamos todos, para traerle a México, haciéndole ingresar en la Casa de España. Antes de que Prieto como al dejar Cárdenas la Presidencia de la República, Castrovido cesó como miembro de esa Institución que se convirtió en Colegio de México. Semanas después, el gran educador demócrata moría...

CASTROVIDO Y LA GUERRA CIVIL

En cada instante, Castrovido se condujo como debiera, valeroso ante el peligro, diciendo su verdad, no velando en modo alguno su pensamiento. Y al igual que, frente a la arbitrariedad monárquica o frente a los desmanes de la reacción, se erguía viril e incontenible, censuraba en forma áspera las persecuciones a que diera lugar la guerra civil, sin detenerse en ningún género de contemplaciones. Así, entre otros muchos comentarios adoctrinadores, entre otros muchos requerimientos a que se mantuviera férrea la disciplina ciudadana en la zona todavía bajo la jurisdicción del gobierno republicano, Castrovido escribió en *El Pueblo*, de Valencia, un artículo en el que condenaba las violencias entre españoles, que llevaron a veces a las ciudades el escenario de la guerra fratricida. Refiriéndose al asesinato de tiros, perpetrado en Barcelona, de un miembro del Partido Socialista Unificado, Roldán Cortada, y al del militante de la Confederación Nacional de Trabajo, Antonio Martín, Castrovido se pregunta: "¿De verdad se quiere ganar la revolución y vencer al fascismo? Pues no lo parece". Y alude luego a la existencia de "prisiones ilegales en Murcia y en Madrid" y dice: "No he de ensuciar estas limpias páginas con detalles de aquellos antros de bandidos secuestradores. Es lamentable, sumamente lamentable, que haya gente más digna de haber servido al general Arlegui y a su compinche Mar

tinéz Anido que de servir a la República y a la revolución, pues nada tan indigno de la causa antifascista como lo que se supone ocurrido en Murcia y en Madrid”.

Y en el mismo diario republicano valenciano elogia poco después una disposición del Gobierno de la República en virtud de la cual se suspendía la ejecución de la pena de muerte, en los casos en que ésta hubiera sido decretada, a fin de dar facilidades a la actuación de una Comisión británica de canje de prisioneros fascistas por prisioneros republicanos que funcionaba en Toulouse. La tregua en el cumplimiento de las sentencias de muerte pendientes de hacerse efectivas se decretó en un mes de septiembre. Castrovido subraya a este respecto: “esa tregua es, no sólo evitadora de horribles desengaños, de iniquidades crueles y evitadora de la irreparabilidad que hace odiosa a la antijurídica pena, solamente en tiempo de guerra aplicable como incidente de la guerra misma, sino que concuerda con el espíritu del Mediterráneo y con los países que consagraron desde antes de Cristo este mes de septiembre a la vendimia. Donde crece la vid, desde Grecia a Portugal —país éste, como Italia, blasfemo a Dionisio, a Baco, a los dioses paganos del amor, de la alegría y del vino, como lo son, con sus crueldades y con sus matanzas, blasfemos a Cristo— debiera ser respetada como una ley esa disposición. La República no perturbará con tétricas ejecuciones la alegría de la vendimia cantada por poetas, retenida por el arte en cuadros, tapices, litografías. La república no confunde el vino con la sangre; repugna esa mezcla. No se embriaga de crueldad, como los fascistas. Franco, sin embargo, no accede a la tregua. En su campo, a pesar del Jerez, del Málaga, del vino de la Rioja y del de Aragón, gusta más la sangre que el vino y se prefiere vendimiarse vidas en vez de racimos”.

La República condena todo desbordamiento criminal y lo ataca con energía. No hay que olvidar las voces serenas, invitando a la calma y a la reflexión, de sus figuras representativas, desde la invocación de Azaña: “Paz, piedad, perdón”, a la frase de Indalecio Prieto: “pechos duros, corazones sensibles” y Castrovido recuerda cómo fervorosos luchadores republicanos, viejos y jóvenes, combatían cualquier brote de anarquía y luchaban contra los incontrolados cuya existencia fue lógica e inevitable derivación de una situación revolucionaria que no desató precisamente la República, sino aquellos que se sublevaron contra ella, para derrocarla, y llamaron en su ayuda a ejércitos extranjeros. Y así, Castrovido deja constancia de la noble actitud que adoptan, por ejemplo, en Valencia, frente a los desmanes, sindicalistas como Sánchez Requena y Angel Pestaña y republicanos, entre otros, como Miguel San Andrés, nuestro don Manuel Castillo, Fernando Valera, Julio Just, por no citar más que a unos pocos valencianos representativos de que yo tengo memoria. Valera, condenando en numerosos discursos, artículos y declaraciones públicas, todo acto de venganza o de crueldad y defendiendo con energía la causa de la República y de la libertad que mancillaban elementos perversos que se creían o se decían revolucionarios, elementos —decía Valera— rencorosos, duros e intransigentes de toda la vida, que ahora tratan de imponernos lo rojo, como antes lo negro, sin saber a ciencia cierta lo que significa cada color; o por mejor decir —agregaba— no tienen de rojo más que el pañuelo y el gorro; el corazón tan negro como el de la más abyecta reacción. Y esas prédicas eran generales

en todos los sectores, porque si de algo motejaron a las figuras representativas de la República los que militaban en las filas de la extrema izquierda que jugaban a la revolución y no la hacían, era de blandura con el migo, de respeto, que creían excesivo, a las normas legales y a los procedimientos judiciales, procurando encontrar en cada caso todos los indicios favorables, todas las atenuantes posibles para los delitos cometidos con el régimen.

EL MADRILEÑISMO DE CASTROVIDO

Don Roberto, como lo pinta nuestro inolvidable don Alvaró de Amezquita en la semblanza que trazara del gran periodista, era prototipo del madrileño castizo; su madrileñismo se entroncaba con el Madrid popular, con el Madrid del Diablo Cojuelo. Como don Roberto no alcanzó los tiempos de la Fontana de Oro y del Café de Lorencini, ni tampoco del Parnasillo, tuvo que conformarse con ir a los viejos cafés de la calle del Progreso, la Giralda y el Vapor, y a los de San Millán y San Isidro en la castiza calle de Toledo. Madrileñismo de café y de merenderos, a las llas del Manzanares, como el de Lázaro, o en los Cuatro Caminos, como el de Canuto, el gran amigo de Nakens. Y en este amor a Madrid, a su ciudad, a nuestro Madrid, le impulsaba su amigo inseparable, el gran abogado don Emilio Menéndez Pallarés, jurista eminente de cuyo nacimiento se cumplirán cien años próximamente.

Pero también madrileño del Madrid de las musas, del Madrid de los poetas y de Calderón, y de los corrales de la Pacheca y del Príncipe. Y del Madrid de Goya y de Larra, de la Moncloa espléndida y de las sombrillas de las callejas y pasadizos y de los sórdidos mesones. Tan castizamente madrileño como don Ramón de la Cruz, como Mesonero Romanos y como Ramón de la Vega. Tan castizamente madrileño que, en ocasiones, parecía que, obstante su espíritu progresista, un rezagado de 1808.

La imagen de Madrid no se apartó jamás de su mente mientras vivió su corazón. En enero de 1941, poco antes de expirar, don Roberto arremetió en un artículo, contra el enano de El Pardo, por la actitud chabacana que éste adoptó con respecto a Madrid, herido, rencoroso porque Madrid no le entregó durante toda la guerra evidenciando su repulsa hacia la tiranía. En ese artículo, Castrovido dice, entre otras cosas no menos substanciales

“Ha hablado el casi Fhrer, el semi Duce, de material y espiritualmente la Villa de Madrid. Respecto de lo material ha repetido una porción de las más vulgares y más vulgares, sin tocar lo que, por las destrucciones ocasionadas por la guerra, se planea modificar ahora, dando alguna novedad al plan formador. Las bombas disparadas por los blancos arrasaron el paseo de Rosales, la calle de Ferrer de Blasco Ibañez (ahora otra vez de la Princesa) y de la plaza de la Moncloa a la plazoleta en cuyo centro se alzaba la estatua de Argüelles y todas las transversales desde Rosales a la Princesa: Buer

ceso, Benito Gutiérrez, Urquijo, Altamirano, Romero Robledo. ¿Qué se va a hacer al reconstruir lo derruido?

"El emperador *in partibus* habla con más desparpajo de la reforma espiritual que de la material. Se propone hacer de Madrid un pueblo serio, respetuoso con las jerarquías y muy religioso. Quiere matar la luz de la alegría madrileña, que es tanto como quitar el sol a Madrid. Incorre en la vulgaridad de llamar a la población matritense "la ciudad alegre y confiada" frase que ha convertido en tópico, lugar común y ripio la estulticia humana, de la cual son prototipo los franquistas.

"Madrid ha sido capaz de luchar contra los mamelucos de Napoleón, contra reyes y ministros en la época constitucional y contra alemanes, italianos, portugueses, cabileños y obispos y militares en la penúltima guerra y revolución de España, precisamente por ser alegre y por confiar en sí misma, en su derecho, en su amor a la democracia, a la justicia y a la independencia, peculiaridades del alegre y confiado pueblo madrileño.

"Los países, las villas, las ciudades, las naciones, confiadas en Dios, en la tabla de los derechos del hombre, en la soberanía popular, en los ideales del proletariado, en lo que sea, son los que triunfan ¡Ay! de los pueblos tristes y desconfiados. Ellos serán vencidos.

"Pues a esto quiere reducir a Madrid su usurpador actual; le quita el pan espiritual y le tasa el pan del cuerpo. Censura para el teatro y para la prensa. Escrutinios y quema de libros. Clausura del Ateneo que abrieron el rey Alfonso XII y el liberal-conservador Cánovas del Castillo. A la calle de Torrijos se le ha cambiado el nombre. ¡Mucho es que no se le ha dado el del verdugo de Málaga! el de Gonzalo Moreno, aquel "felón" engañador de Torrijos y de los cincuenta compañeros a quienes asesinó ¿Se atreverá el general Franco a destruir la lápida recordatoria de que el liberal Torrijos nació en una casa de la calle de Preciados? No nos maravillaría tamaña avilantez en quien ha prohibido todas las obras de Galdós y consentido el derribo de la estatua que Victorio Macho erigió al patriarca Don Benito en el Retiro. Parece que es cierto este monstruoso agravio a Madrid, para el cual era Don Benito Pérez Galdós lo que para Cataluña otro hijo de Canarias: el poeta autor de "Tierra Baja" Don Angel Guimerá.

"Madrid tiene algunos defectos ¿Qué pueblo es perfecto? Tiene el nacido de la ignorancia basada en no

haber visto más río que el Manzanares, en no haber viajado, en fin, y podido comparar capitales con capitales. Si los madrileños hubiesen viajado tanto cuanto sus antepasados Lope de Vega, Quevedo y Moratín no repetirían más lo "de Madrid al Cielo y un abujerito para verlo", expresión de amor a la patria y de ignorancia supina. Ese dicho recuerda demasiado la majadería del mediocre cronista que dijo en tiempo de los Austrias "Solo Madrid es Corte".

"Y Madrid era entonces muy poca cosa, muy sucio y muy feo y es hoy, aunque muy mejorado, sumamente pequeño ¡pobre Retiro! cuán chico se queda comparado con el Bosque de Bolonia parisiense y con el mexicano Chapultepec.

"Compensa a Madrid de su pequeñez su alegría, su gracia, la sencillez, mal disimulada con arrogancias verbales, de sus hijos; su generosidad hidalga, su don acogedor, su simpatía, su ingenio, su entusiasmo por toda causa noble, su amor a la libertad, su odio a los tiranos.

"Otros defectos tenía Madrid, hijos también de la ignorancia: despreciaba a los paletos y uno de los pueblos más señalados por la estúpida chacota era el de Trijueque y era también Guadalajara. De Trijueque se suponía a todos los paletos que por San Isidro visitaban Madrid, y para ponderar el ruralismo de una persona decían los chulos: "ese ha venido en el corto de Guadalajara"; como ciudad y como provincia Guadalajara ha conquistado ahora gloria inmarcesible derrotando a los italianos de Musolini (no hay que confundirlos con los de Garibaldi).

"Y esta gloriosa victoria de Madrid y las provincias limítrofes fué debida a que la capital es alegre y confiada y contagia su alegría y comunica su confianza a los lugares contiguos.

"¿Y se quiere cambiar la gracia madrileña con la máscara triste, amarillenta, "entre lentejas y arenques" de las devotas?"

LA ESPAÑA DE MENÉNDEZ PELAYO Y LA DE GINER

Hay en un breve y sentido artículo de don Roberto Castrovido, publicado en *La Voz*, en el que se refiere a una nota bibliográfica aparecida en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza el 28 de febrero de 1927, una expresión muy elocuente de su fina sensibilidad, de su honda preocupación patriótica. En ese trabajo comenta la aparición del Tomo XV de las obras completas de don Francisco Giner de los Ríos, cuya modestia era tan grande como su sabiduría. Don Roberto, analizando el conjunto de la obra de Giner, resaltaba la noble curiosidad que éste sentía por conocerlo

todo; el propósito que le animaba de llegar a satisfacer esa necesidad suya lo más seriamente posible, y el invencible impulso de prestar al resto de los hombres el servicio —a veces capital para una vida que comienza a orientarse— de comunicarles lo que ha estudiado. Y es —escribía Castrovido— que, entre otras cosas, don Francisco fue uno de nuestros hombres de ciencia del siglo XIX más humanistas; es decir, más hondamente continuadores de aquel enciclopedismo que impregnó el alma de las generaciones del Renacimiento.

“Nada hay en el libro de don Francisco —agregaba— que esté desecado, para guardar en vitrinas de museo; antes, todo vive, y como tiene vida, sugiere ideas y motiva adhesiones y contradicciones o debiera motivarlas”. Y subraya una afirmación de Giner sobre la obcecación española por aferrarse a ciertos principios y por obstinarse en vivir del legado de su Historia: “Nada perderá esta modesta nación que fue un día la grande y potente España de Felipe II, en despedirse con más amor que cólera, por lo mismo que ha de despedirse de ellos para siempre, de principios, sentimientos y hechos, los cuales encierran y constituyen, después de todo, la sustancia del mejor siglo de su historia”.

En ese artículo, don Roberto recoge el aserto formulado en una conferencia pronunciada en Bilbao por don Miguel Artigas, director de la Biblioteca de Santander, cargo en el que sustituyó a don Marcelino Menéndez Pelayo. En tal aserto, el señor Artigas, que más tarde sería director de la Biblioteca Nacional, mostró el ideal de unir a las dos Españas, a la representada por la doctrina que emanaba de las obras de Menéndez Pelayo, con la España simbolizada en los escritos de don Francisco y que encarnaban sus discípulos; en elevarse, por encima de las protestas, discrepancias y luchas intestinas, en aras de una comprensión nacional; en acabar, por tanto, con los energúmenos de derecha y de izquierda; en instaurar el reinado de la tolerancia. Algo así como conciliar las prédicas, aún latentes en el alma de los españoles, de Ganivet y Costa, las inquietudes que el ser español suscitaba en las mentes de Cajal y de Galdós y los afanes renovadores de los hombres de la generación del 98: Unamuno, Ortega, Azorín, Baroja, Machado, Valle Inclán, con el pensamiento de los que se consideraban herederos espirituales de Menéndez Pelayo. Don Roberto inclinaba su ánimo al escepticismo en cuanto a la posibilidad de que ese ideal expuesto por Artigas pudiera verse realizado algún día. Don Francisco —decía Castrovido— pone en su conducta y en su obra espiritualidad, libertad y tolerancia, pero ¿qué ponen los otros? se preguntaba.

En verdad que ese sentimiento de colaboración de la España de Menéndez Pelayo, con la España de Costa, de Ganivet, de Galdós, de Cajal y de sus sucesores liberales: Unamuno, Ortega, Azorín, Marañón, Baroja, era, justamente, el sentimiento constructivo de la República. La República de 1931 advino con un afán forjador de un espíritu nuevo y, sin embargo, con un infinito deseo de paz civil. No demolería; se hacía la ilusión de poder construir acomodándose sobre las estructuras viejas, porque alumbró en un instante en que, aparentemente, nada le ofrecía resistencia. No había, pues, nada que deshacer y, sin embargo, mucho por hacer. Creía contar con la unánime cooperación de los españoles; no había por qué herir a nadie. Fue la gran —la única— oportunidad de construir una patria unida. Los

hombres de la República de 1931 ocuparon el gobierno llena su alma de la ilusión en un futuro que se nutriría de todo lo sano y aprovechable del pasado, contando con que ese pasado, ante la experiencia vivida, con sentido de responsabilidad patriótica, habría de ser, como una arcilla, fácilmente moldeable, fiel a la inspiración de los forjadores; que creían interpretar e pensamiento colectivo. La República quería que toda la nación se asociara a ella; así de puro, de noble, de generoso fue su nacimiento. Anhelaba deshacer injusticias, pero teniendo a su lado a todos los españoles.

No opinaban igual sus enemigos, y veintitantos días después de proclamada, el 11 de Mayo, el señoritismo monárquico, maleducado, enemigo del pueblo, adversario de toda evolución, retaba a la República por primera vez y al grito de “¡viva el Rey!” hacía renacer la vieja disputa. Ninguna provocación para ese acto partió de los liberales republicanos, ningún gesto hiriente. Apenas había dado el nuevo régimen los primeros pasos y esbozado su programa, cuando la reacción se irguió desafiante. ¿quién tiraba, pues, la primera piedra? El ensueño de Artigas, ensueño honrado de buen patriota, se truncaba; la ilusión de paz, de convivencia, de hermandad, de una República que quería ser de todos y para todos, se desvanecía; ¿de quien era la culpa?

Y vino luego, después de una serie de incidentes reprobables que no vamos a enumerar, agosto de 1932, la gran traición de quienes no se apegaban a una auténtica supremacía del poder civil y añoraban los tiempos de los pronunciamientos militares, árbitros de los destinos nacionales en el siglo XIX y que habían tenido su expresión última en la dictadura de Primo de Rivera. La República, que se consideraba fuerte —y que en realidad lo era por derecho— fue magnánima con los que se apartaron del buen camino; la República supo perdonar. La República, idealista, llena de honor, siguió perdonando. Fue escrupulosa en la observancia de la Constitución y de las leyes que habían sido elaboradas en presencia de la oposición parlamentaria, con las modificaciones que esa oposición quiso introducir en ellas con su voto. El poder moderador —el Presidente de la República— ajustándose a los preceptos constitucionales, dio el poder a quien le correspondía en cada instante, manteniéndose incólume frente a toda hostilidad partidista, y en el juego de la mecánica constitucional actuó siempre el Gobierno. Contra él, azuzándole, desprestigiándole con la desobediencia y con la deslealtad, ciertos militares ambiciosos y audaces, unidos a las fuerzas retardatarias del país: grandes terratenientes, avorazados negociantes, jerarcas de la iglesia que no estaban dispuestos a renunciar a su dominación, confabulados con las dictaduras alemana e italiana, desencadenaron la guerra civil. Lo que sucedió en ella y lo que ha sucedido luego está vivo aún en las mentes de todos los hombres: los republicanos en pos de soluciones de concordia, los franquistas usando las armas de la venganza más feroz persiguiendo a los adversarios declarados o supuestos, anquilosando la sensibilidad de los españoles cautivos en la Península.

ESPAÑA Y LA REPÚBLICA, TRAICIONADAS

Castrovido muere en 1941. Su desaparición, muy dolorosa para todos nosotros pues nos privaba de un maestro ejemplar, le evitó la amargura

de presenciar la gran infamia internacional que se consumó contra la democracia española. Castrovido tenía, a no dudarlo, fe en la victoria aliada; como la teníamos nosotros. Al final del calvario del destierro, esperaba encontrar el reconocimiento justo del derecho de la verdadera España. Después de los miles de españoles románticos muertos en las costas del norte de Europa, perseguidos por la metralla germana, fundida su sangre con la de los combatientes franceses, ingleses, holandeses y belgas; después del enrolamiento voluntario de tanto republicano español en las filas de la resistencia, en las filas del ejército de la Francia libre, Castrovido, como nosotros, como todo hombre honrado, esperaba ilusionado el restablecimiento de la libertad en España y el castigo del colaborador de Hitler y de Mussolini por el mundo libre triunfante. Castrovido murió sin llevarse en el alma la tristeza, la desolación de una injusticia histórica; murió creyendo todavía en el honor de los que se decían entonces nuestros amigos y que trataban —a veces no muy decentemente, esa es la verdad— de hacernos olvidar las miserias del Comité de No Intervención que nos hizo perder la guerra civil. Murió en este México que, sin interrupción, con notoria generosidad, nos ha mostrado amistad fraternal.

Ni asistió a la ignominiosa confabulación de dirigentes de las que se dicen grandes potencias, de Occidente y de Oriente, para perdonar a Franco, abriéndole las puertas de la comunidad internacional y ayudarle así en su tarea de seguir tiranizando a los españoles, ni a los turbios movimientos que se vienen generando en el interior de España para hacer olvidar y para confundir.

Se deja engañar el que quiere. Ni internacionalmente, ni entre nosotros, hay excusa para hacer a un lado ciertas cosas. El franquismo y sus diversas máscaras, sea cual sea la forma que adopten, son suficientemente conocidos. Como son suficientemente conocidos, y es inútil que invoquen razones de alta política o de alta diplomacia, esos viejos camaleones que presumen de geniales estadistas del Viejo o del Nuevo Mundo, de detrás de la cortina de hierro o de delante de ella, que no tienen empacho en ir a Madrid o en enviar a sus representantes a rendir pleitesía al siniestro enano de El Pardo. Permítannos esos prohombres, (alguno de ellos aureolado por su viril actitud en la defensa de la dignidad y de la autoridad de su gran país en el mundo), que nos sintamos avergonzados en su nombre por lo que han hecho y por lo que hacen. Esos personajes pretenden justificar ciertos actos deleznable diciendo que proceden así sirviendo a una concepción realista de la política. Yo digo que antes que ser realistas en política, hay que tener dignidad y que la dignidad —la dignidad personal, la nacional y la internacional— debieran estar en el primer plano. Y la dignidad se demuestra con la conducta. Por ser dignos, los republicanos españoles rechazamos, durante la guerra civil, contraer ciertos compromisos que les hubiera sido, por lo menos, embarazosos a las democracias de la *no intervención*; por ser dignos —y mantenernos en nuestra línea espiritual— combatimos en la guerra mundial junto a los aliados —que no nos inhibimos en ningún caso— olvidando ciertas infamias (califiquémoslo como es debido).

Hay que reconocer que Franco ha cambiado de actitud mucho menos que los dirigentes de esas potencias que se llaman rectoras del mundo libre

y del otro; Franco sigue manteniéndose en su posición antiliberal de siempre, aunque sus corifeos quieran dar una impresión distinta, y cada vez la ocasión se le ofrece propina soberbios "puntapiés" a los gobiernos Francia, de Inglaterra y de Estados Unidos; en cuanto a la URSS, que también le ayudó a entrar en las Naciones Unidas no hace falta hablar pues bien visible la comedia que representan los soviéticos y la docilidad que encajan los golpes en reciproca connivencia. Permitidme que os diga esa manera de ser del Caudillo con sus valedores y sostenedores internacionales no deja de causarme un íntimo regocijo. Porque, en verdad, a los españoles Franco les martiriza y les humilla, repitiéndoles que decidirá de destino cómo y cuando se le antoje, —teniendo de fondo ese pintoresco numeroso coro de pretendientes—, pero no deja de ser consolador, como tal, en cierto modo, que a esos gobernantes extranjeros que le protegen unos directa y otros indirectamente, les dé, en realidad, el trato que se merecen.

A algunos de nuestros compatriotas seguramente les suene todo a hueco, a frases hechas, a lugares comunes; los hay tan decepcionados tan displicentes o tan acomodaticios que a veces dicen que todas estas afirmaciones no son otra cosa que ganas de perder el tiempo y de hacerse antipáticos. A mi, en lo personal, ciertos juicios me traen sin cuidado. A la conciencia le viene muy bien soltar de cuando en cuando la espita de las verdades, y creo que, en esto, no soy original. Somos muchos los que sentimos gran alegría fustigando a los hipócritas y a los necios, sea cual sea su nacionalidad y su jerarquía. Así procederían varones tan ejemplares como este don Roberto Castrovido que mojaba sin cesar su pluma en el tinajero de las sinceridades y le traía sin cuidado que, luego, le criticasen los sacristanes y monaguillos de todas las sacristías políticas de su época.

LA FIRMEZA REPUBLICANA Y LA EMIGRACIÓN

Castrovido vió proclamada la República cuando tenía 67 años de edad. El ideal porque habían luchado sus mayores, el credo que él mismo había elegido, tardó en triunfar casi toda su vida. Nunca, ni en los instantes más duros, ni en los días más sombríos, cuando el horizonte no ofrecía la menor perspectiva, decayó el ánimo de don Roberto. Su fe no era contingente, sino apasionada. Por su fe en el ideal republicano combatió día a día y sufrió persecución, vivió una existencia pobre, y en esa existencia, cargada de comodidades, llena de agobios materiales, perseveró; no sirvió a la República para ser ni para figurar; la sirvió con el afán de que la República fuera y no él, fuera cuánto ansiaba su espíritu y cuánto, durante tan largo tiempo, había intuido su mente de español.

Para nuestro orgullo, el ejemplo de Castrovido, siendo de tan extraordinarias dimensiones, no es único. La historia del republicanismo español está repleta de figuras que observaron la misma conducta firme. El republicanismo no se hizo para los pusilánimes, para los claudicantes, para los convenencieros. Hubo en la República quienes se sirvieron de ella para hacer cosas buenas y malas, para hacer cosas buenas y malas y para hacer cosas malas y que, incluso, si se las deja, son capaces de avasallar a quienes